

el ánimo y que en el concierto de la Orquesta de RTVE lo sobrecogieron como sólo lo hace el llanto de los hombres. ■ JOSE RAMON RUBIO.

DISCOS

Aguilas californianas

El mito de California es un tema constante en el cine norteamericano, pero también aparece con frecuencia en el "rock". A un extremo están las odas a la nueva tierra prometida. Al otro, las revelaciones de que, después de todo, se trata de un paraíso podrido. La última página de la controversia es el "Hotel California", nuevo LP de los Eagles (1).

En sus inicios, los Eagles eran vaqueros del asfalto, ciudadanos de Los Angeles que tocaban "country-rock". Hoy ya no pueden ser definidos tan fácilmente: hay hasta eco del "reggae" jamaicano en varios cortes del nuevo disco. Se puede decir que los Eagles se han movido hacia el centro del espectro musical californiano, pero sin reblandecerse demasiado, aunque en algunos momentos suenan a "pop" pasterizado. Lo que los Beach Boys eran para el "rock" de mediados de los sesenta, los Eagles lo son para los tiempos que corren: el grupo californiano por antonomasia. Las canciones de los

Beach Boys celebraban la alegría del surf, de las playas, de la velocidad, del amor, de la libertad en la tierra de la abundancia. Por el contrario, los Eagles se sitúan en la California sombría de los años posteriores a la convulsión "hippy" y la revolución abortada. Y "Hotel California" pretende describir el panorama de una generación agotada espiritualmente que sobrevive en la tierra del neón y las autopistas.

Los Eagles pasan su decepción por los surcos. En "The last resort", ellos —que han luchado contra la proliferación nuclear y apoyado diversas causas ecológicas— se resignan: el hombre está dispuesto a arrasar la Naturaleza, y sería capaz de acabar hasta con el cielo. Pero la pieza principal es la que da el título al disco, donde el "Hotel California" es una metáfora para todo el estilo de vida californiano: "Estamos prisioneros aquí por nuestra propia voluntad". Y, en otro momento de la misma canción, confiesan que "no hemos tenido ese espíritu aquí desde 1969", jugando con el doble sentido de "spirit" (= espíritu, licor). El problema es que no tienen mucho que decirnos, y todas sus revelaciones suenan forzadas, simples observaciones presentadas de forma ampulosa. De ahí que carguen la carpeta del disco de fotos con pretensiones de simbolismo.

Dejando aparte el concepto subyacente en "Hotel California", digamos que musicalmente es un disco más consistente que "One of these nights", el LP multimillonario de 1975. Todavía recurren a rellenar violino con violines azucarados, pero las armonías vocales continúan tan prístinas y exquisitas como siempre, al mismo tiempo que Don Henley resulta cada vez más convincente como solista. Por cierto, la entrada de

Joe Walsh en el puesto de Bernie Leadon no ha alterado el equilibrio del grupo: sólo hay una canción suya y no hay demasiados solos eléctricos.

Resumiendo: los Eagles no dan la talla ni como filósofos ni como sociólogos; evidentemente, se toman a sí mismos demasiado en serio. Pero son agradablemente inofensivos como músicos de "rock", y "Hotel California" tiene buenos momentos. Eso es todo. ■ DIEGO A. MANRIQUE.

CINE

Un viento de locura

Es difícil sobreponerse al "shock" que causan las imágenes de "Queridísimos verdugos" a la hora de, con una cierta rapidez, ponerse a escribir sobre el film de Patino. Lo primero que viene a la cabeza es un torrente de elogios hacia el cineasta por su originalidad, su valentía y la lucidez con que ha abordado un tema tan sumamente espinoso. Inmediatamente después, hay que decir que desde ahora mismo "Queridísimos verdugos" pertenece, no ya sólo a lo más importante que se haya hecho en el cine español, sino a lo mejor de nuestra cultura testimonial, a aquella que de Goya a Buñuel, de Baroja a Solana y Valle Inclán, se ha encarado con los aspectos más duros y definitivos de una terrible realidad. Junto a ello, la película de Patino se une con las obras de Daniel Saeiro, Carlos García Valdés o Luis García Berlanga ("El verdugo"), que, desde diversos terrenos, han denunciado la barbarie y la irracionalidad que supone la existencia de la pena de muerte.

No quisiera que este primer párrafo resultara enfático ni grandilocuente en su homenaje a "Queridísimos verdugos". No correspondería con la sencillez de una película que, afortunadamente, se aleja desde un comienzo de cualquier moralismo bienpensante o de cualquier demagogia trascendentalista. Pero si deseáramos reflejar el entusiasmo que nos ha producido un film como éste, que recoge las mejores posibilidades del cine como documento social y político, como testigo comprometi-

do de una época ante la que se muestra vivo y beligerante. Para cuantos defendemos como prioritaria una opción cultural realista (en el sentido más completo y complejo de la palabra), "Queridísimos verdugos" es hoy motivo de una notable satisfacción. Satisfacción que se prolonga a lo largo de tres caminos distintos: el enorme campo que se abre ante el cine español por la vía de un documentalismo consciente y riguroso, que sea —como en este caso o en el de "El desencanto", de Jaime Chávarri— capaz de recuperar unas parcelas de realidad hasta ahora ignoradas forzosamente o prostituidas desde el poder; la constatación de la valla de Patino como uno de los mejores cineastas con que contamos entre nosotros; y el convencimiento práctico de que la opresión censorial ha abortado decenas de películas cuya existencia normal habría modificado totalmente la mentirosa trayectoria de nuestro cine: no hay que olvidar que "Queridísimos verdugos" se rodó en 1973 al margen de los infinitos condicionamientos legales impuestos a la producción española, y que ha tardado cuatro años en poder acceder a las pantallas comerciales después —todavía— de forcejear con la inacabable censura gubernativa.

El acierto de "Queridísimos verdugos" nace ya de su elección del tema: las confesiones de los tres "administradores de justicia" que había en España en 1973, donde se intercalan los recuerdos de sus vidas con los de aquellas ejecuciones en que han tomado parte. En una bodega bebiendo vino, en las calles y monumentos de Granada, en una comida "de hermandad" o hasta en un "tablao" flamenco, Patino sitúa y mueve a estos tres personajes de manera sumamente hábil para lograr un máximo de confianza y sinceridad. Pero lo más definitorio de la película, allí donde —lógicamente— se jugaba toda su entidad, es el tratamiento que el autor de "Canciones para después de una guerra" aplica a las insólitas declaraciones que registra su cámara: "El drama de los verdugos —ha dicho el propio Patino— es que el verdugo ejecutor se convierte en víctima. Yo estoy a favor de los verdugos ejecutores en la medida que estoy del lado de las víctimas. La diferencia es que las víctimas lavan sus errores en la canonización laica que resulta cuando la sociedad sacrifica a un ser humano. Los pobres verdugos están inventados para emporcarse con la mierda de todos, asumiendo una responsabilidad que no les corresponde. Les comprendo perfec-



Los "Eagles".

(1) Eagles: "Hotel California" (His-pavox-Asylum HYS 851-20).